

El doctor Marañón y la juventud

FRANCISCO RICO PÉREZ

En recuerdo de Alfonso Coronel de Palma, amigo del alma. Pensando en la juventud, siendo presidente de la ACdP, creó los Congresos Católicos y Vida Pública. Fecunda obra.

Semblanza

Como rasgos de la biografía del Dr. Gregorio Marañón y Posadillo, destacaré que nació el día 19 de mayo de 1887. Su padre, Manuel Marañón Gómez-Acebo, fue famoso abogado, que compartió los servicios profesionales con la política, sin olvidar la escritura y la investigación. Con su buen amigo León Medina crearon la obra de Jurisprudencia muy conocida por los juristas como “El Medina y Marañón”. De su matrimonio con Dolores Moya, su inseparable y querida Lola, nacieron tres hijas y un hijo. La conoció a través de un amigo de la infancia, Miguel Moya, de quien era hermana. “Compañera en mi vida de viajes y en el viaje de mi vida”. Murió el 27 de marzo de 1960. Una multitud, en tarde fría y lluviosa, acompañó a su cadáver al día siguiente. Las crónicas destacaron que, “con Gregorio Marañón, moría un eminente médico, un preclaro hombre de ciencia, un grandísimo escritor, historiador insigne, un señorial dispensador de la amistad, un apasionado de la vida y la perfección de España”. A ella dedicó buena parte de su existencia, intentando elevar el nivel de la educación. Y todo bajo el traje del noble liberalismo, que fue el faro de su actitud y conducta en la vida. También sería constante su tolerancia y moderación.

Sobre su infancia y juventud, el doctor Marañón ha dejado escritas vivencias que no olvidó jamás. Todas le ayudaron a formar su gran personalidad. El entusiasmo de su padre y la capacidad de trabajo le marcarían para toda la

vida. Fue un niño tímido y un gran lector. Selecta y muy surtida era la biblioteca paterna. Como amigos de su progenitor conoció en la infancia, entre otros, a Menéndez Pelayo, a Pereda, Clarín y Galdós. La lectura de los clásicos griegos y latinos, Shakespeare y Mommsen en su *Historia de Roma*, le entusiasmaron. Revistas, cartas de famosos y tertulias con tan insignes maestros en su misma casa, fue todo un lujo para su formación. Entre los dos y cinco años, que es cuando se forma la conducta, y es una esponja la mente de los niños, en Marañón se despertó el ansia de saber (*studium quarendi*). Una curiosidad por todas las cosas, que perduraría a lo largo de su vida. Y en este sentido, por lo leído y vivido, en edad tan temprana, se puede decir que Marañón fue tocado por la diosa Fortuna.

Y fuera de su casa, un ambiente social que Marañón calificaría de “Paraíso”. Regencia de María Cristina y Restauración a la que dedicamos uno de los seis tomos de la obra *Centenario del Código Civil* (elV), por si el lector quisiera profundizar en etapa tan importante de nuestra Historia, “en la que los españoles sabían convivir”. Cursó el Bachillerato en Colegio de San Miguel, y al finalizarlo inició sus estudios de medicina en el viejo Colegio de San Carlos. Nunca Marañón declaró la causa de su vocación por la medicina. La influencia paterna, es evidente que no. Pero posible fue, por su afán hacia la lectura, la buena fama que los médicos gozaban en las obras que él leyó, desde Zola a Galdós. Y la suerte le acompañó en los maestros que tuvo en la carrera. Valga, por todos, Santiago Ramón y Cajal, al que dedicaría después sentidos escritos y conferencias. Si bien el que más estímulos le creó en su profesión fue don Federico Olóriz, granadino, gran maestro y modesto sabio.

En realidad, no fue la medicina lo que su vocación pedía, pues era la psicología, como atracción primera, la que anidaba en su pensamiento. Pero se reafirmó en los estudios de medicina gracias a la lectura de un libro. “La vida me encaminó, desde el comienzo de los estudios, hacia la Anatomía y la Fisiología, contrariando mi tendencia, tan remota como mi conciencia, a los estudios psicológicos. Yo me dejé llevar porque, ya entonces, había leído el libro admirable de Ramón y Cajal *Reglas y consejos para la investigación científica*, en el que, con visión certera de las cualidades y defectos de la raza, recomendaba a los jóvenes una rigurosa disciplina técnica que compensase la natural propensión de nuestro espíritu a la meditación y a la especulación teórica”. Y mucha razón tenía Cajal, que de teoría estaba borracha la Universidad española, y lo sigue estando. Y el sabio también se quejaba de la falta de cultura, “el gran problema de España”, que perdura y hasta se acentúa en nuestros días.

Con una gran preparación académica, Marañón fue en toda su vida famoso médico, escritor, historiador, científico y pensador, con obras tan

importantes, en cada una de las materias, que las Reales Academias, hasta cinco, le abrieron sus puertas: la de la Lengua, Historia, Bellas Artes, Medicina y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Caso único en España. Pero bien merecido, pues su obsesión fue impulsar la modernización de la medicina y la ciencia en general. Por esa razón, decidió ampliar estudios en el extranjero. Y eligió Alemania con el fin de entrar en contacto con las técnicas médicas más avanzadas. A su vuelta defendió su tesis doctoral, que le abrió las puertas de la Universidad. Trabajador incansable. Trapero del tiempo. Y como profesor era enemigo de los exámenes. El mejor instrumental del médico, sin duda, era la Silla. Comunicarse sin reloj con el enfermo era como una comunión con él. Por encima de todo fue eso, un gran médico. Pero sin olvidar su dedicación y amor a los más desfavorecidos, es decir, a los descartados de la sociedad que, con mayor detalle, veremos después. Siempre estuvo comprometido con su tiempo. Ello explica que, bajo la dictadura de Primo de Rivera, por defender sus ideales, se le encarceló.

Ni en la República, ni en toda su vida, Marañón renegó de su pasión por la ciencia. Siguió siempre siendo médico, historiador, ensayista y conferenciante. Pero, no cabe duda que el 14 de abril de 1931 fue importante, como político, en su vida. Y lo fue porque en la paz de su hogar se celebró una singular entrevista que tendría gran trascendencia en la historia de España. Allí se reunieron, con Marañón, Niceto Alcalá Zamora y el Conde de Romanones, y se decidió la salida de Alfonso XIII hacia el exilio y la inmediata proclamación de la República. Por esta razón, con cierta simpatía, o vaya usted a saber, a Marañón le llamaron “Partero de la República”, si bien él dijo siempre que solo fue testigo de ese parto. “Siempre tuve especial antipatía a esta rama de la medicina; y desde entonces, no sólo los partos humanos, sino los políticos por tranquilos que sean, me llenan de terror”.

Estuvo entre los fundadores de la Segunda República, junto a Ortega y Gasset y Pérez de Ayala, pero después la criticó por ser incapaz de unir a los españoles. Y esta fue la razón de su exilio voluntario a París, con dos largos viajes a América en 1937 y año 1939, recorriendo y dando conferencias en varias naciones. Salió de España en el verano de 1936 y volvió en el otoño de 1943. En París no dejó de estudiar, leer y escribir. Allí, además, asistió a los cursos y lecciones que algo le pudieran enseñar desde la humilde y anónima condición de estudiante. Fue un ejemplo de maestro, que lo es quien sabe saltar del púlpito profesional al sencillo banco del oyente. Trabajador incansable hasta el final de sus días. Dejar de hacerlo era morir. Hasta con poesía lo dijo: “Vivir no es sólo existir, / sino existir y crear. / Saber gozar y sufrir. / Y no dormir, sin soñar. / Descansar / es comenzar a morir.” Sobre esta

composición, recordaré una anécdota acaecida en Mataró, en el coloquio de una conferencia que impartí sobre mis experiencias de cuidador, y una señora dijo que “los cuidadores de un enfermo con Alzheimer eran inmortales, porque no podían ni dormir”. Sobre la marcha le dije que el doctor Marañón también tenía una receta para ello, que yo aprendí de memoria para ponerla en práctica los días que me desvelara. Y la recoge en su libro *Amiel*, en boca de una mujer, Berta Vadier, que le quiso como una madre: “Es preciso pensar, para dormirse, / es preciso pensar en dulces cosas, / en gentes buenas, en fragantes rosas, / en el bien que se hace a los demás; / es preciso pensar, para dormirse [...]” (de Carmagnola-Richard). Y les di la mía: Pienso, para poder dormir, en la Virgen, en mi madre y en el ángel que me regaló el Señor, María. Y me duermo.

Pero lo que más valoró Marañón de su estancia en París, para poder trabajar más y dormir mejor, fue el tiempo que siempre le faltaba en España. En Francia estuvo libre de muchas obligaciones sociales. A la fuerza vivió modestísimamente, pero pudo investigar y leer sin que el almanaque y el reloj le controlaran. Los años de exilio fueron fundamentales en su vida. Y es así, por algo muy importante, porque tuvo tiempo, y antes no lo había tenido, para “conocerse a sí mismo”. Pero lo que no pudo evitar era el dolor y la nostalgia por España y su Toledo, el Cigarral de Menores, que adquirió en 1922. En él transcurrieron sus horas mejores y las más fecundas. “Casa en la que el alma se serena y restaura”. En ella recibió a los amigos, en tertulias envidiables y también a personalidades que visitaban España. Gran eco tuvo en todos los medios de comunicación, la de Alexander Fleming, con una fotografía con los niños de la familia de Marañón, que con ellos se repetiría en celebraciones con los suyos, en fiestas y veranos. Allí fueron escritos casi todos sus libros, “en su paz transida de pasado y pensamiento, que es pasado y futuro”. Desde allí me escribió Marañón el prólogo a la Hoja “Devenir”, que reproduciré después.

Lo social

El sentido de la justicia y su defensa de la causa social, con el amor al débil, fue una constante en su vida. A miles de enfermos ni una peseta cobró. Y es más, de su consulta muchos salían con medicinas que las empresas farmacéuticas regalaban al doctor. Pero si el amor se demuestra mejor con detalles, según Santa Teresa de Ávila, basta con referirnos a un hecho acaecido en su etapa de estudiante universitario. Siendo alumno interno en el Hospital General, y estando al lado de su maestro Juan Madinaveitia, de éste, el santo

rebelde, recibió Marañón dos lecciones que jamás olvidaría en su vida: el rigor ante el enfermo y el cadáver, y la rebelión frente a la injusticia. “El secreto de la justicia consiste en ponerse en lugar de los demás”. Por eso le impactó como el maestro se enfrentó al bochorno de las salas abuhardilladas, que las hizo nuevas con el dinero de su propio bolsillo. Con entusiasmo participó Marañón en la campaña, genuinamente juvenil y violenta, que le costaron dos expedientes de la Diputación, de los que pudo escapar indemne.

Lo social fue una inquietud que duró toda su vida y se refleja en muchas de sus libros y en los prólogos que escribió. Como botón en muestra, entre en sus obras, cabe citar el *Viaje a Las Hurdes*, con Alfonso XIII, que del Rey era su médico. Viaje éste que “fuerzas subterráneas” habían tratado de impedirlo. Pero fue inútil; el viaje se realizó; y el Rey “pudo hacer el bien en persona y a manos llenas y pudo gustar el amargor y de la alegría de palpar una gran tristeza nacional y de soñar en remediarla”. Allí, donde la hambruna y la miseria estaban en cada casa, lugar y rincón, más se reforzaron las preocupaciones sociales de Marañón. Existen fotografías que llegan al corazón, como el Rey de pie a su lado y él pasando consulta a varios enfermos. En los años siguientes a la visita regia, que el doctor Marañón propició, se arreglaron las comunicaciones, llegaron médicos y la educación, la vivienda mucho mejoró y prosperó la agricultura, convirtiendo la zona tan deprimida en una de las más hermosas de España.

Pero, donde más se volcó la pluma de Marañón fue con los más necesitados, en sus artículos y en algún prólogo, de los muchos que escribió. Le preocupó el rápido y temprano envejecimiento de las mujeres pobres en los campos de España (*La edad crítica*). Artículos periodísticos fueron publicados en *El Liberal* y *El Siglo Médico* sobre “La represión de la mendicidad”, “Los muertos de hambre”, “El consuelo del dolor”, “El verano de los niños pobres”. Para Marañón, más que la riqueza es el trabajo lo que hace felices a los hombres y a las mujeres. Estas ideas y preocupaciones por los más necesitados, fueron en aumento con el paso del tiempo. Pero la justicia social ya estuvo presente en la juventud de Marañón. Y, en ello, tuvo mucha importancia *La lucha por la vida* y, especialmente, *La busca*, dos de las mejores novelas de Pío Baroja. Su lectura le proporcionó una honda emoción social. Tampoco Marañón olvidó la emigración, y entre los escritos donde alude a este asunto, de triste actualidad, cabe destacar el prólogo a la obra de Sánchez Guerra, *El pan de la emigración* (1930), que siempre es escaso y duro.

La labor de Marañón en lo social está cerca de las Misiones Pedagógicas y de las Universidades Populares, por su afán de acercar la cultura a los más necesitados. Esa es un hambre que nunca se satisface con solo dar

el pan. Seres sin historia. Como los pueblos donde tampoco la hay. Y en este sentido, Azorín escribió: “Habremos de hacer la menuda historia con el mismo rigor (y amor) con que se hace la grande”. Y de eso paso a dar unas pinceladas. El amor por los más pobres, que los enfermos lo son, que necesitan cultura y compañía, se lo debo a mi maestro, D. José Marhuenda, y al doctor Marañón. Y, sobre todo, al regalo de la Providencia y a mis padres por haber convivido con sencillos hombres y mujeres del campo en la primera etapa de mi vida. Es muy fácil que, en una clase universitaria, al preguntar por dos nombres de la Institución Libre de Enseñanza, escriban los de D. Julián Sanz del Río y D. Francisco Giner de los Ríos, por ejemplo. Pero será más difícil que recuerden -y tal vez los lean por primera vez ahora- los nombres de Lorenzo Luzuriaga Medina y José Marhuenda Prats. Ambos, desde niños vivieron en una atmósfera rural y escolar de magisterio. Sus padres les enseñaron, y dieron ejemplo imborrable, en Castilla (Valdepeñas) y Levante (Pinoso), respectivamente. Allí vivieron y crecieron en unas condiciones económicas difíciles. El pan era escaso; la ropa, duraba; y por calzado, alpargatas.

Los dos, Marhuenda y Luzuriaga, con gran amor por la enseñanza, fue lógico que se enamoraron de las Universidades Populares. Lorenzo Luzuriaga colaboraría con D. Antonio Machado en la Universidad de Segovia; y Marhuenda Prats impartió clases en la Universidad Popular que Carmen Conde fundara en Cartagena, donde el “Poeta” de Pinoso coincidió con el “Poeta de poetas”, Miguel Hernández. Y fue por entonces cuando José Marhuenda, flamante Cadete de la Marina, cayó en la cuenta de que en los campos de su pueblo, que lindan con los de Yecla, había muchos campesinos que a leer y a escribir aprendían cuando eran llamados al servicio militar. Y dejó su brillante carrera en la Marina (de la misma promoción que el Almirante Francisco Bastarache), para crear la Academia en su querido pueblo, Pinoso, provincia de Alicante.

La generosa y vasta labor cultural de don José Marhuenda la calificó el “joven profesor” don Enrique Tierno Galván, maestro y mecenas de un servidor, de “auténtica Universidad Popular”. Desde la Universidad de Murcia viajó a conocer la Academia y felicitar a don José Marhuenda, en compañía de don Andrés Sobejano Alcayna y otros profesores. En la inauguración de la Universidad Popular de Pinoso, homenaje le rindieron, al querido profesor, los rectores de la UCM, Gustavo Villapalos, y Ramón Martín Mateo, de la de Alicante. Por decisión de ambos maestros y el Ayuntamiento de Pinoso, los primeros años estuve al frente de la misma y uno de los profesores que no faltó ni un mes a dar sus inolvidables charlas, sobre “Valores y Humanidades”, fue don Vicente Enrique y Tarancón. Y, a propuesta de ambos rectores,

el pleno del Ayuntamiento de Pinoso, el día 20 de septiembre del año 2004, me nombró Rector Honorífico de la Universidad Enrique Tierno Galván por haber sido el promotor de la misma, junto al Alcalde Perfecto Rico Mira. Con un padrino, muy querido, que estuvo también en la inauguración de la Universidad, José María Castán Vázquez.

En la solemne inauguración de la Universidad Popular Enrique Tierno Galván, el discurso, corrió a cargo de otro entrañable amigo, Enrique Ruiz Vardillo, profesor universitario y presidente, por entonces de la Sala Segunda del Tribunal Supremo, que representaba al Ministro de Justicia, D. Enrique Múgica Herzog. La bendijo el Primado de España, don Francisco Álvarez Martínez, con asistencia de las autoridades de la Autonomía y locales, rectores de las Universidades de la Complutense y Alicante. Y la Hoja juvenil, con el regalo del doctor Marañón, transformada en revista con extenso y selecto contenido, fue presentada, en el mismo acto, por el escritor José Luis Castillo-Puche. En la inauguración del Curso Académico (1991-1992) pronunció la conferencia el defensor del Pueblo, Álvaro Gil-Robles, que versó sobre “El valor irrenunciable de los derechos fundamentales de la persona” (V. *Centenario del Código Civil*, tomo V-2, “Homenaje a Doña María de las Mercedes”, páginas 575 y siguientes.)

También el Arte fue preferido por Marañón, por su importante función social, en libros, discursos y conferencias. Y sobre este tema destacaré la obra *El Greco y Toledo* (Espasa-Calpe, año 1968), que para mí tiene un doble valor: su contenido, por supuesto, pero también como signo de gloria y amor; pues en lujosa edición fue el regalo que recibimos del Ministro de Educación en la ceremonia de investidura de doctores por la UCM, con este mensaje: “Recibid el libro de la Ciencia que os cumple enseñar y adelantar y que él sea para vosotros significación y aviso de que, por grande que vuestro ingenio fuera, debéis rendir acatamiento y veneración a la doctrina de vuestros maestros y predecesores”. Alcalá de Henares, 28 de enero de 1972. Y ese amor al arte se corrobora en una Tercera del ABC del día 31 de octubre, cuando estoy cerrando ya mi Comunicación al Congreso Católicos y Vida Pública sobre “El Doctor Marañón y la Juventud”. Se titula “La amistad entre Alba y Marañón”, escrita por Álvaro Marañón y Bertrán de Lis, donde se pone de manifiesto que un vínculo de tan sincera amistad, aparte la política y la cultura en general, fue precisamente el Arte.

Por otro lado, destacaré la conferencia “Qué debe ser un museo”, pronunciada en el Museo Naval, que de su Patronato era presidente, el 22 de enero de 1935, y publicada en la *Revista General de Marina*, marzo de 1935. Su función social y educadora es muy importante. En dicho acto afirmó que:

“No hay en nuestra Historia tan digno de respeto como su Marina”. Un museo para él, no debe ser solo el “lugar donde se guardan cosas notables”, sino también: “Edificio destinado para el estudio de las ciencias, letras humanas y artes liberales”. Y eso aspira ser, aun siendo por ahora solo virtual, el Museo Ángel Ayala en constitución, del que soy Coordinador de la ACdP desde 21 de enero de 2012. Con gran colección de obras de arte, varias únicas, más unos Archivos cargados de Historia, como el de Alberto Martín Artajo, que fue un político de raza y propagandista. Presidente de la ACdP (1959-1965), siendo Secretario General de la misma José Luis Gutiérrez. Museo, templo de la historia de nuestra querida Asociación, que desde el día 25 de julio de 2018, fecha de la Inscripción en el Registro de Fundaciones, tiene ya como paraguas jurídico la Fundación Padre Damián y Madre Teresa, creada por un grupo de Niñas del Padre Ángel Ayala, propagandistas y entrañables amigos. Su Patronato irá creciendo y los donativos también.

Pero, sus inquietudes sociales no sólo las sintió y ejerció Marañón de forma individual, también actuó mucho en colaboración, en amistad. Ésta fue, para él, algo sagrado. Y lo aprendió de su buen padre. Él se siente miembro de una generación de grandes intelectuales y médicos que quisieron mejorar España. Erradicar la pobreza. Incorporarla a Europa. Que la educación fuera la primera preocupación. Los hombres de ese grupo (Ángel Herrera, Pérez de Ayala, Madariaga, Gabriel Miró, Ramón Gómez de la Serna, Américo Castro, etc.) también lucharon por revalorizar las costumbres y tradiciones de España. Valga como ejemplo los toros y su gran amistad con Belmonte. Y entre otros amigos, Eugenio D`Ors se vestirá de luces; Ortega y Gasset toreará al alimón con Domingo Ortega; y Azorín será maletilla, por los campos de Alicante y espontáneo en Albacete, que en su plaza de toros mi amigo Javier López-Galiacho y un servidor le hemos conseguido una placa (F. Rico Pérez, “Azorín y los Toros”. Conferencia en el Colegio Mayor San Pablo, el 8 de mayo de 1996, y colaboración en *Centenario del Código Civil*, tomo V-2 en “Homenaje a Doña María de las Mercedes”, páginas 107 y siguientes).

Sus obras

Con Marañón, que jamás dejó de ser médico y escritor, sucede algo parecido a la que podíamos decir de Azorín, que nunca se negaban a prestar su pluma para una colaboración en periódicos o revistas por modestas que fueran. Y por ese motivo no se podrá hablar, en propiedad, de que han visto la luz sus “obras completas”, aun siendo así, pues muchos trabajos suyos fueron publicados en medios de poca tirado o divulgación. Hasta en programas de fiestas

locales, en pequeñas localidades perdidas en nuestra piel de toro. Testimonio dará el doctor Marañón por medio de un modesto servidor, como entrañable detalle, en esta misma comunicación.

Como importante publicación su tesis doctoral lleva por título *La sangre en los estados tiroideos*, con la que obtuvo el Premio Extraordinario. Sus obras completas, en diez volúmenes, están editadas por Espasa-Calpe. Pero su número, que impacta, lo da Antonio López Vega en su obra *Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal* (pp. 19 y 20). Y son: 125 libros, unos 1.800 artículos y cerca de 250 prólogos. Pero fueron muy numerosos los discursos y las conferencias que impartió. El contenido de sus trabajos, en general, es muy variado, como diversos son también los saberes de este humanista sin par. Pero Gregorio Marañón tuvo una “segunda vocación”, que la materializó en los ensayos y en la investigación histórica. En este campo cabe destacar, entre otras, como más importantes: *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo* (1930); *Amiel. Un estudio sobre la timidez* (1932); *Las ideas biológicas del padre Feijoo* (1934); y *El Conde Duque de Olivares* (1936).

Ahora bien, para que se dé una idea el lector de su ingente obra, y dado que la suya forma en mi biblioteca un lugar de honor, tomo por tomo aludiré al título de cada uno de los diez, con el número de las páginas que escribí. Tomo I, “Prólogos” (1078 páginas. Más las 125, de la Introducción, de las que es autor Pedro Laín Entralgo). Tomo II, “Discursos” (con 621 páginas). Tomo III, “Conferencias” (1042 páginas). Tomo IV, “Artículos y otros trabajos” (1195 páginas). Tomo V, “Biografías” (993 páginas). Tomo VI, “Biografías” (1197 páginas). Tomo VII “Biografías” (662 páginas). Tomo VIII, “Ensayos” (720 páginas). Tomo IX, “Ensayos” (693 páginas). Y Tomo X, “Idearium” (653 páginas).

Pero, antes de pasar a reproducir el hermoso escrito de Marañón, diré que a la carta que le escribí, le adjuntaba mi libro, *Uno de los caminos que llevan a Roma*, memoria del Congreso Mundial de las Congregaciones Marianas celebrado en Roma, en 1954, con motivo del Año Mariano. Prólogo del Padre Jaime Solís, SJ, que fue distinguido y subvencionado por Pax Romana, gracias a Fernando Martín-Sánchez Juliá. Y le contaba que mi vocación era la medicina, acompañaba notas del bachiller y de Derecho, pero que no había podido estudiar la carrera deseada porque en Alicante y Murcia, como universidades más cercanas, todavía no existía esa Facultad, y mis padres no podían ayudarme. Y, además, me denegaban las becas por ser él “no adicto al régimen”, sin ideas políticas, solo por haber sido elegido, dada su pericia, chófer de Valentín González, “El Campesino”. El bachiller lo cursé, por libre, en la Academia de D. José Marhuenda Prats, examinándome en el Instituto Alfonso X El Sabio de Murcia. Y por libre podía estudiar Derecho.

Al doctor Marañón le formulé una petición, siendo yo estudiante, desde los campos de Yecla, *Casa Mosén*, a su Cigarral toledano. El motivo de la carta era, además de lo dicho, que unos buenos amigos de la "Academia" de D. José Marhuenda, en Pinoso -a la que un servidor asistía dos o tres días por semana, en bicicleta, dieciséis kilómetros, ida y vuelta-, habían emigrado con sus padres a Venezuela y Francia. Y quería comunicarme con ellos, en Hoja volandera, relatándoles cosas de la Academia y del pueblo. La rotulé *Devenir*, y le pedí al Dr. Marañón un prólogo. ¡Atrevimiento de juventud! Pero, la grata sorpresa fue que a los pocos días ya tenía en mis manos su respuesta. El contenido es un canto a la Juventud. Y dice así:

Devenir

"Envío mi más cordial adhesión a DEVENIR. Está certeramente elegido este título para la hoja que va a volar sobre la juventud del sureste de España y después sobre España entera. Porque la responsabilidad de los jóvenes no está en el presente como en las gentes maduras, ni en la adoración del futuro como en los adolescentes, ni en el pasado como en los viejos; sino en la construcción del futuro con el material del pasado y no con el pasado integral; y con la planta firme en el presente, pero sabiendo que el presente es la esencia de lo circunstancial y, por lo tanto, lo más deleznable de la vida. Los jóvenes que quieran ser eficaces, lo serán más que bajo cualquier otro signo, bajo el signo del devenir. En el devenir, no cabe el mirar atrás que es anclar peligrosamente, ni el mirar a los lados -a la derecha o a la izquierda- que expone a descarriar el camino.

El devenir sigue el ritmo de la gran aurora que no llega nunca, pero que sabemos que su fecundidad depende, no de verla sino de creer en ella. Si la actitud de los jóvenes se cifra en el devenir, no pueden decir de ellos, como hemos oído estos días, que la juventud se halla indiferente y escéptica; porque devenir, es la esencia de la afirmación juvenil, es la resolución de llegar a ser, que se cumplirá indefectiblemente.

Devenir es amar por amar, sin esperar a que se pague su amor con amor; y comprender por comprender sin importar que todo lo que se comprende puedan comprenderlo otros, a su vez.

Este devenir, viene, además, del Sureste que está en el camino del entusiasmo, de la magia, de la alegría del amanecer, de la razón de la sinrazón que fue el lema de Don Quijote, de los místicos y de los románticos. Y está, sobre todo, en el camino de la Verdad suprema, que aún no ha dicho, después de veinte siglos su última palabra.

La juventud está viva, como nunca lo ha estado. No se fien las gentes de las apariencias. Lo que pasa es que la juventud, a diferencia de las otras edades, tiene su momento crítico. No actúa cuando queremos los demás, sino cuando se debe. Esa es su gloria, y su riesgo. Su símbolo está en ese devenir bajo el cual se alistan los jóvenes del Sureste, que representan, sin darse cuenta, a todos los demás jóvenes.

Y también a los que no lo somos ya, pero comprendemos, todavía el lenguaje eficaz del Devenir”.

Como complemento de este luminoso texto, diré que, en el mismo año 1954, Marañón envió a Buenos Aires, al periódico *La Nación*, el artículo “Sobre la juventud” (25 de abril). El prólogo que yo recibí fue en mismo año, Año Mariano. Y se preguntaba: “¿Qué pienso de la juventud? La juventud como edad abstracta es siempre un tesoro, es un mito de gloria, como el amanecer. La juventud de ahora lo es, igualmente. Pero un amanecer lleno de presagios. No es la aurora homérica de los dedos rosados, sino la dantesca de las manos crispadas y enérgicas. Mas es una maravillosa juventud. Su indecisión es como la de las palomas cuando salen de sus jaulas y revoletean. Se dirá que embriagadas, antes de encontrar la meta exacta y remota. La encontrarán mucho más allá en el pasado; mucho más allá que nosotros y serán, por ello, mejor que hemos sido nosotros. Sólo que entonces, cuando estén llegando al fin, sabrán que el gran mañana a que aspiran será grande y humilde a la vez, sencillamente por parecerse al ayer nuestro. Nuestro poeta lo dijo un día, al despertar de su sueño: “creí que hoy era mañana, pero ayer todavía”.

Huelga decir que estas hermosas letras acrecentaron más mi vocación por la medicina. Y ahora, por mis experiencias de cuidador, y por los libros que tengo escritos sobre ella, más una considerable cantidad de artículos, muchos me confunden y me llaman “doctor”, que lo soy, pero por Derecho, no de medicina. Los libros, dedicados a temas de la sanidad, para poder publicarlos, y regalarlos los he presentado casi todos a concursos y he tenido suerte en varios. Casi todos ellos llevan una nota que, gracias a Dios, por la bondad de la gente, surte efecto para ayudar a los más necesitados. Dice así: “Precio del libro. Esta es una obra no venal. Su precio lo fijará cada lector, y los donativos se enviarán a la Cuenta Corriente del Banco de [...]”. Los destinatarios, hasta la fecha, han sido Unicef-España, Cáritas, Misioneras de la Caridad (Madre Teresa), Aldeas Infantiles y Cruz Roja. Así consta en las primeras páginas de mis libros. Los que he dedicado al Parkinson y al Alzheimer ya llevan tres reimpressiones de dos mil ejemplares cada uno. Todos se reparten en las conferencias, Asociaciones y en familias con enfermos. Y el dedicado al Alzheimer, más alguna conferencia, por medio del correo elec-

trónico. Las nuevas tecnologías no las pudo emplear Concepción Arenal, mujer excepcional, con tantos libros publicados, que los regalaba, como lo hacía Ben Arabí, murciano, con casi quinientas obras, gloria de España fuera de su patria. En Murcia, con la inestimable ayuda de Carmen Conde y Don José Ballester, Propagandista y director de *La Verdad*, a Ben Arabí le consiguió una calle. Sevilla, a la que también tanto quiso, en su callejero le ignoran. Es, por justicia, “el hombre del milenio”. Y se ha escrito que “Santa Teresa de Ávila no es concebible sin Ben Arabí” (Eduardo Subirats, “España en intelectualmente mediocre”, ABC 28 / 11 / 2005, página 55. **Y también mi conferencia en la Universidad de Murcia, “Murcia, crisol de culturas. De Ben Arabí a los Sefardíes”,** en libro *Murcia tres culturas: caminos de leche y miel*, 2004, páginas 79 a 98).

Mis libros de medicina publicados: *La Responsabilidad Civil del Farmacéutico* (1984); *Parkinson y Golf; Una terapia más?* (2009); *Donación y Trasplantes de Órganos* (2010); *Protección Civil de Médicos y Farmacéuticos* (2010); *Alzheimer, Amor* (2011). Inéditos: *La Responsabilidad Civil en las Profesiones Liberales* (Premio Azcárate del Colegio de Abogados de Madrid), y *Los trasplantes de órganos en Derecho Comparado* (Segunda parte de un proyecto de investigación seleccionado por la UCM con dotación de dos millones de pesetas a título personal, Madrid 22 de diciembre de 1980). Sobre temas de Derecho y Medicina he participado en varios Congresos y Mesas Redondas; Jornadas y Seminarios; Cursos del Doctorado y Conferencias, y fui cofundador de la Asociación Riñón. De los artículos destacaré, por las citas que se han hecho de ellos y por servir de promoción y divulgación, los tres que, en días sucesivos, vieron la luz en el ABC, a raíz de ganar, gracias a ellos, el Premio Miguel Servet, convocado por el Colegio de Abogados de Madrid. Y son: “Los trasplantes de órganos” (ABC, 11 de junio de 1980); “Legislación española sobre trasplantes” (ABC, 14 de junio de 1980); “Los trasplantes en Derecho comparado” (ABC, 19 de junio de 1980). Capítulos que se coronaban con la Tarjeta personal, calificada por los miembros del tribunal, que juzgó el premio, de “ingeniosa, necesaria y se impondrá algún día, porque reducir todas las tarjetas a una ya es muy importante”. Esto decía sobre la tarjeta de donante:

Así como nadie puede cerrarle la puerta a la muerte, la tarjeta de donante es puerta que la abre. De la tarjeta personal me ocupé en la revista *Tapia* (mayo-junio 1983). También en “Las Homonimias como problema” (*Boletín Colegio de Abogados de Madrid*, Nº 1 / 1983), y en una entrevista en el periódico *YA* (14 mayo 1989), que Paloma Larena y Fernando Pedrós rotularon “El futuro DNI ni es documento, ni nacional, ni de identidad (Por una Tarjeta Personal)”. No es “Documento”, porque no se autoriza por las partes interesadas (sino sólo por el Estado) ni por funcionario competente para acreditar

hechos. No es “Nacional” porque con él se pueden visitar otras naciones. Y no es de “Identidad” ya que las personas no se identifican, sino que se individualizan por lo general. La red informática, centralizada en el Ministerio de Justicia, sería suficiente para que los padres, a partir de ahora, no solo puedan elegir el nombre y el orden de los apellidos de sus hijos, también, en caso de homonimia, recuperar apellidos ilustres o bien originales que se perdieron en España por vía de las madres. Por curiosidad, en Portugal, el primer apellido es el de la madre. Pero estos nombres y apellidos únicos, que figurarían en la Tarjeta Personal, llevarían también, entre otros muchos datos, el de ser donantes. Y pensando en muertes por incendios o naufragios, accidentes de coche, tren o aviación, propuse que dicha Tarjeta debería ser metálica, indestructible y también indeleble, para así poder emplear en ella el sistema de fotograbado en metal. Para guardar la intimidad, bastaría con llevar sólo visible una combinación de letras y números -el resto en blanco-, que también el ordenador podría detectar si son originales. Los datos restantes (cuentas en bancos, testamentos, libro de familia, etc.) sólo se podrían reproducir, por un medio especial, en supuestos concretos, a petición de jueces, policía y guardia civil de tráfico. Y con un orificio en la tarjeta para, en caso de viajar, poder llevarla colgada al cuello. Una autoridad en la materia de Registros, Francisco Luces Gil, en su libro *El nombre civil de las personas naturales en el ordenamiento jurídico español* (Barcelona, año 1978), afirma que mi propuesta “es una solución verdaderamente ingeniosa y cuya ejecución no parece ofrecer graves dificultades” (páginas 19 y 20).

Por mi afición a la medicina, mucho antes de 1970, que es cuando Espasa-Calpe comienza a publicar sus *Obras Completas*, fui adquiriendo libros de Marañón, algunos en primeras ediciones, y no dejo de releerle. Me ocurre igual con Azorín. Que éste lo decía, “es mucho más sabrosa y provechosa la relectura que la lectura de los libros por primera vez”. Y mejor, si seguimos al maestro en cualquiera de ellas, bien en lectura o relectura. De Azorín recomendaba a mis alumnos, en cualquiera de esas dos fases, su metodología que paso a reproducir: “El escritor tiene sobre la mesa un pequeño lápiz y un cuaderno. Es muy aficionado a los cuadernos. Todo en él es método y orden. Nada de fiar a la memoria. Todos sus libros tienen anotaciones al final, en una página en blanco. El escritor expresa allí los párrafos que le interesaron, por medio de un título que hace referencia al tema, y un detalle muy minucioso de las páginas donde se encuentran” (Mariano Gómez-Santos, *Azorín*, Barcelona, 1958, pp. 6 y 7). Y como complemento dos frases que también les recomendaba: “Guarda el orden y el orden te defenderá” (San Agustín). Y del mismo Azorín, como lema de mis clases: “Hay que preparar para la vida, no

para el examen” (Epílogo, carta a Pío Baroja, en su novela *La Voluntad*). Así he leído y releído siempre las obras completas del doctor Marañón, que la relectura de ellas es también como un nuevo descubrimiento. Descubrimiento, de ideas y pensamientos, que no cesan. Marañón ha sido, por libros y ejemplo, mi mejor maestro.

Las letras reproducidas, sobre el Devenir, del doctor Marañón, escritas en un ayer lejano, parecen dirigidas a la juventud de hoy. Alfredo Juderías, recopilador de sus escritos, dijo del texto que el maestro me envió: “Es uno de los más hermosos prólogos salidos de su pluma”. Sobran palabras, salvo una, la de gracias. Muchas gracias, querido Rafael Ortega por pedirme esta Comunicación para el Congreso Católicos y Vida Pública. Tu excelente labor al frente de esos Congresos y Jornadas bien merecen el agradecimiento y el aplauso de todos. El mío lo tienes hace tiempo con una sincera amistad que nunca se la llevará el viento. Siempre será ayer...